



Ser esperanza contra toda esperanza (Rom 4,18)

La fe se ve en la esperanza, una esperanza que no se rinde, que aguanta contra viento y marea, incluso cuando las cosas se ponen difíciles o parecen no tener salida. Esta esperanza es la que nos da fuerzas a los que creemos para mantenerla viva en los que sufren, en los que están desanimados y en los que han perdido el sentido de la vida.

La esperanza se planta y se la juega a pesar del mal que nos rodea. Está ahí, en la calle, en el barrio, en nuestra propia casa. No podemos hacernos los ciegos ni los sordos ante la violencia que mata, que destruye familias, que provoca guerras y conflictos en tantos países del mundo. El dolor de tantos inocentes y gente pacífica nos golpea duro. El desprecio por los derechos de las personas y de los pueblos, el imperio del dinero con sus efectos perversos como la droga, la corrupción, la pobreza y la miseria son pan de cada día. La destrucción de puestos de trabajo, la opresión de los pobres y de los trabajadores, las emigraciones dolorosas, los grandes egoísmos que impiden un mundo más justo y una política más humana y decente, los errores de la Iglesia y de los cristianos también forman parte de este panorama. Y también los egoísmos más personales, las irresponsabilidades, la falta de valores y de conciencia, dentro de las familias, en la convivencia de los barrios, pueblos y ciudades, en cada uno de nosotros, nos hablan de nuestras limitaciones, de nuestras debilidades, de nuestros errores.

¿Podemos hacer algo? ¿Tiene sentido intentar hacer algo?

La Cuaresma, como tiempo de esperanza, nos dice que sí, ¡y bien fuerte! Porque Dios sigue siendo rico en bondad y misericordia, y siempre está dispuesto a empezar de nuevo. Una vez más nos invita a seguir "en la pelea", a reemprender este camino que implica reconocer que algo no va bien en nosotros mismos, en la sociedad o en la Iglesia para dar un giro, cambiar, convertirnos.

La Cuaresma no se trata de una práctica piadosa exhibicionista ni castigarnos con penitencias vanidosas que no tienen nada que ver con el espíritu del Evangelio. Es un tiempo para la mirada interior, para ir a lo más profundo de nosotros mismos y volver a la realidad concreta, la que nos compromete al amor y la justicia desde el corazón de Dios.

Empezamos esta Cuaresma en un momento difícil para mucha gente en nuestra patria que sufre por la pobreza, la violencia y la falta de oportunidades. Pero queremos vivirla como un tiempo de esperanza de cambio, de resurrección para todos los que habitamos este suelo. Como Iglesia, necesitamos vivir este tiempo de "entrenamiento", como lo llamaban los antiguos cristianos, no aislándonos, sino uniéndonos a las situaciones de todos nuestros hermanos, que también son las nuestras.

Las palabras de Jesús en este Miércoles de Ceniza nos recuerdan tres pilares de la fe: la limosna, la oración y el ayuno, que no son simplemente prácticas rituales para tranquilizar la conciencia con la sensación de "los deberes cumplidos", sino **semillas que germinan en un nuevo modo de ser y de vivir, un camino hacia el proyecto del Reino de Dios.**

En el contexto en que vivimos, estas tres actitudes son más necesarias que nunca para transformar la realidad porque son la manifestación de un corazón convertido que buscan construir un mundo que sea la casa para todos del Padre compasivo.

La limosna en esta Cuaresma es un llamado a ser compasión y solidaridad en acción. No se trata de dar unas monedas, sino de una profunda revisión de nuestra capacidad de amar a nuestros hermanos. No es una obligación, sino la educación de un corazón compasivo y comprometido con las necesidades y el dolor de los demás (Mt 25). En este tiempo difícil, la limosna nace del reconocimiento de que somos parte de un mismo suelo, navegando en la "misma barca". La creatividad generosa no se limita a lo material, sino que se expresa en tiempo, trabajo comunitario, mano amiga que da esperanza y compañía fraterna que alivia la soledad, la angustia y la depresión de muchos.

El ayuno que nos propone Jesús no es solo dejar de comer. Es un viaje hacia la libertad interior que nos permite desprendernos del egoísmo y enfocarnos en lo esencial. En este momento particular, muchos hermanos experimentan un ayuno obligado debido a la falta de recursos, trabajo o una jubilación digna. **Sus voces son un clamor que nos interpela y nos llama a la acción solidaria.** La Cuaresma debe despertar en nosotros un profundo compromiso con la justicia social para construir un país más justo y fraterno (Isaías 58,6-12).

Este proyecto no lo vamos a lograr a base de fuerza de voluntad, sino **abrazados a Dios.** Desde la oración confiada, nuestra debilidad se convierte en fuerza y la esperanza se vuelve imparable. No se trata de rezar multiplicando palabras o solo actos devocionales, sino de abrir el corazón a Dios y dejar que nos llene de su amor. En la oración, nos encontramos con una comunidad que nos abraza, compartimos nuestras alegrías y tristezas, y descubrimos el corazón de Dios que se compadece de su pueblo y nos envía a ser sus mensajeros (Éxodo 3,7-15).

Jesús nos enseñó a orar con el corazón, sin palabras rimbombantes. Es un vaciarse de nosotros mismos para llenarnos del amor de Dios (Mateo 6,5-15). En la oración nos encontramos con personas, con historias, con heridas... y en ellas contemplamos el rostro de Cristo. Esa experiencia nos transforma y nos impulsa a construir un mundo mejor (Mt 25).

Que en esta cuaresma la liturgia nos lleve a la vida. No se trata solo de mejorar nosotros mismos, sino de trabajar juntos para levantar a nuestra patria herida y construir un futuro mejor. Son 40 días para convertirnos en colaboradores de Dios, reconstruyendo nuestra vida y la de nuestros hermanos a partir del amor, la justicia y la compasión.

La Cuaresma es esperanza pura. Es un llamado a vivir con coherencia, a que nuestras acciones reflejen nuestra fe. Es un camino hacia la Pascua, donde celebramos la victoria del amor sobre la muerte, y la luz de la esperanza sobre las tinieblas del egoísmo.

Que esta Cuaresma nos inspire a caminar con gestos concretos haciendo vida abrazando la esperanza que no defrauda.

Monseñor Eduardo Horacio García
Obispo de San Justo
14 de febrero de 2024